

“Era este capitán don Pedro Velarde. Había sido uno de los más entusiastas admiradores de Napoleón hasta que le vio apoderarse villanamente de nuestras plazas y fuertes, y más particularmente, hasta que por la comisión que le dió Godoy antes de los sucesos de Aranjuez, de averiguar las intenciones de Murat, se persuadió de que se proyectaba alguna maquinación contra España. Volvió á Madrid resuelto á trabajar cuanto pudiese en prevenir de cualquiera asechanza á los compañeros, al pueblo y á las autoridades; pero Ofarril, aunque no repugnó sus sospechas ni desaprobó sus trabajos, oyó con frialdad sus respetuosos consejos. Murat, por el contrario, habiendo conocido su mérito, y que como secretario de la junta superior y económica del cuerpo de artillería, podía darle exactas noticias del estado de la plaza, trató de seducirlo convidándole con este objeto dos veces á comer. Era un alma noble incapaz de sacrificar su dignidad y el interés de la patria á los cálculos del vil egoísmo.

“El 2 de Mayo al atravesar las calles hacía su oficina, sita en la calle Ancha de San Bernardo, notó los primeros síntomas de la conmoción popular, y se encendió su alma de entusiasmo, cual si presintiese la imperdurable gloria que iba á alcanzar en aquel día. Entró silencioso en la oficina, y apenas se había sentado á su mesa y principiado á borrar distraidamente un papel, se levantó de súbito, y dirigiéndose á un comandante que ocupaba una mesa inmediata y era individuo de la junta, le dijo lleno de emoción: “Mi comandante, es preciso batirnos; vamos á batirnos.” En vano su jefe trató de calmarle, pues á sus reflexiones y al recuerdo de los deberes de la disciplina, contestaba con acento solemne: “Es preciso morir por la patria.” Oyéronse en estos momentos algunos disparos de fusil, y nada fué ya capaz de contener la fogosidad de aquel jóven de veintiocho años, que había previsto de los primeros la perfidia de Murat. Toma un fusil, y seguido solo de un escribiente meritorio y de un ordenanza, se dirige al cuartel de volunta-

rios del Estado, situado en la misma calle, á provocar su insurrección á los gritos de *viva Fernando y viva España!* repetidos por una porción del pueblo que le había seguido en el tránsito. Los soldados ardían en deseos de secundarlos; mas su coronel no osó cubrir la ordenanza en el conflicto de la patria, y solo á las vivas instancias de Velarde, consintió en darle la tercera compañía del segundo batallón con su oficialidad, que era de las más reducidas. No vaciló por eso en dirigirse desde luego al parque, donde engrosó sus filas con el pueblo que allí estaba clamando por armas.

“Su voz, conocida de Daoiz, le abrió las puertas, y entrando él solo con el teniente Ruiz, se dirigió á intimar la rendición al comandante francés. Dió muestras de resistirse; pero Velarde enseñándole el pueblo y la tropa que le siguen ansiosos de una señal para precipitarse contra ellos, logró que le entregasen las armas los ochenta franceses, á los que encerró en una cochera. Quedaba empero otro obstáculo que vencer, pues Daoiz, aunque había permitido la entrada á su compañero, no estaba en ánimo todavía de quebrantar sus deberes militares. Velarde se dirige á él, y ambos entablan á vista de sus soldados un diálogo que concluye al anuncio de que uno de nuestros cuarteles ha sido atacado por los franceses y una columna enemiga avanza á paso de carga contra el parque, rasgando Daoiz la orden del capitán general que tenía en sus manos y gritando: *Viva Fernando VII!*

“Daoiz, que tenía entonces cuarenta y un años, era uno de los más brillantes oficiales del ejército. Se había distinguido como artillero en las defensas de Ceuta y Oran, y en la guerra con la república, en la que fué hecho prisionero. Entró después en la artillería de marina; y la guerra con los ingleses le ofreciera ocasiones de singularizarse, tanto al frente de su batería como de parlamentario por su conocimiento y fácil manejo de las lenguas francesa, inglesa, italiana y latina. Dos viajes redondos al continente americano le habían dado esa fría sere-

nidad en los peligros que solo se adquiere luchando con los gigantes del mar.

“Unida su esperiencia al ardor juvenil y á la palabra entusiasta de Velarde, hubieran podido oponer una larga resistencia, apoyados en el pueblo, si la posicion fuese militar. Pero el parque no era lo que por su nombre pudiera suponerse, sino una grande y vieja casa que habia sido del duque de Monteleon, y se vieron con tal escasez de municiones que solo se hallaron diez cartuchos de cañon. Fuéles preciso organizarlo todo instantáneamente: una partida de paisanos y oldados sube á tomar las alturas del parque, desalojando á los enemigos que ya las poseian; otros arrastran á brazo cinco cañones y colocan dos enfilando la calle de San Pedro, desde la parte interior, con las puertas cerradas: fuera del número que basta á su acertado servicio, los artilleros se ocupan en fabricar cartuchos para ellas; y á fin de proteger sus fuegos, los voluntarios del Estado son distribuidos en las ventanas de la casa: el pueblo, apoderado de las armas de los soldados franceses prisioneros y algunas otras, se reparte en todos los puntos para suplir con su número y su desesperacion la falta de instruccion militar. Apenas habian sido tomadas estas disposiciones cuando se anuncia la llegada de una columna enemiga á las órdenes del general Lefranc por la calle de San Pedro. Daoiz y Velarde la esperan inmóviles al pie de los dos cañones hasta que los gastadores empiezan á trabajar para romper la puerta, y entonces los disparan al traves de ella á fin de que el estrago sea mayor. En efecto, el pueblo ruge de alegría al ver cubierta la calle de cadáveres, y los enemigos tienen que retirarse.

Murat conoció luego que era allí adonde tenia que dirigir su principal atencion y mandó contra el parque á la division westfaliana al mando del general Lagrange con caballería y artillería. Cuando este llego vió que los españoles habian colocado fuera dos cañones mas, uno en la parte mas elevada de la calle de San José, en la confluencia de cuatro, y otro en la An-

cha de San Bernardo, y que era preciso un ataque simultáneo por las tres vías que conducian á la improvisada fortaleza. Espantoso fué el fuego que se cruzó en ellas por espacio de tres horas, durante las cuales el espíritu que animaba á los españoles produjo hechos de extraordinario heroismo: los franceses estaban maniobrando á metralla, y los paisanos avanzaban sueltos contra ella á disparar un simple fusil ó una escopeta; á cada cañonazo que diezmaba los reducidos petolones contestaban con el grito animador de *viva Fernando y viva España*, última palabra tambien de los que sucumben; muertos todos los artilleros que servian las piezas de la calle de San José, se vió que seguia ejecutando cargada por mujeres; herido gravemente Ruiz por un exceso de bravura, lo es tambien Daoiz en un muslo, mas no se separa de su cañon ni suspende el fuego sino cuando le faltan del todo las municiones. Traele Velarde un cajon de piedras de chispa para que dispare con ellas á metralla y, él, casi solo ya, lo carga y prende fuego por dos veces. Al fin la sangre que pierde le obliga á apoyarse en la cureña, y entonces hacen los franceses señal de parlamento con un pañuelo blanco. Era una infame traicion. A las pocas palabras que cambia con el oficial que avanza, se ve que ambos se ponen en guardia y empiezan á batirse personalmente con sus espadas, sosteniéndose Daoiz en su cañon. Los granaderos que habian seguido al supuesto parlamentario cortan luego el combate cercando al oficial español y acometiéndolo á bayonetazos. Entretanto la columna, despreciando el fuego de la fusilería, avanzó con denuedo á la bayoneta, y penetró hasta el patio del parque, donde encontró á Velarde que volvia con otro cañon y mas municiones para su compañero. Quiso defenderse de los que le atacaron; pero á él tambien un oficial polaco le dispara un pistoletazo por la espalda, y cae sin vida en tierra. Todavía siguieron sosteniendo el fuego por las habitaciones interiores los voluntarios y gente del pueblo hasta que se llenaron de enemigos. Entonces capituló el capitan de aque-

llos, don Rafael de Goicoechea, por salvar los pocos soldados que le quedaban.

“Así terminó el mas terrible episodio de aquel aciago dia, y así terminaron su carrera Daoiz y Velarde, los dos primeros mártires de la independencia española! ¡Modelo de patriotismo y de valor, ellos serán eternamente honra de España y sus ángeles de guarda, que nada defiende tanto á las naciones como la memoria de sus mártires y de sus glorias!

“Pero, en tanto que el pueblo lucha y derrama su sangre por la salvacion de España, ¿qué hacian sus generales? ¿qué hacian sus magnates? ¿qué hacia la junta de gobierno? ¡Triste es decirlo! Entre los mártires de aquel luctuoso dia no se ve uno solo de esos herederos de nombres ilustres que en los tiempos de paz brillan cargados de oro alrededor del trono. Se escondian quizá en el último rincon de sus grandes casas, mientras las mujerzuelas sin hogar siquiera que defender salian á pelear por la patria. Los nombres de aquel dia todos son desconocidos, y los que mas á la vista sobresalen entre aquella muchedumbre de rudas formas y de grosera ropa son dos simples capitanes. ¡Honor al pueblo, pues que suya es la gloria de la jornada del 2 de mayo!

“Los generales repetian á los soldados españoles la orden de permanecer encerrados en sus cuarteles, meros testigos de la matanza del pueblo, cuando ya se sabia por declaracion de Murat que Napoleon no reconocia al rey que habia jurado; y la junta, embargada por la turbacion y la flaqueza, facilitaba el último golpe á los asesinos del pueblo y se preparaba á sí misma el tormento que debia recibir en castigo de sus debilidades.

“Ofarril y Azanza, montados á caballo, no logrando ser escuchados de los franceses á quienes se acercaron, corren á avisarse con el gran duque, que desde el principio del tiroteo se habia trasladado con su escolta á la montaña del Príncipe Pio, fuera de la puerta de San Vicente, para con mas desembarazo dictar sus órdenes á las tropas de adentro y de las afueras, y le

ofrecen apagar el combate y restablecer el sosiego si manda suspender el fuego y les da un general que los acompañe á recorrer los puestos. Murat consintió en su peticion, y designó al general Harispe para que les siguiese. Vuelan á los Consejos, comunican su mision á los demas miembros, y todos se reparten por la poblacion agitando pañuelos blancos y ofreciendo la paz y el olvido de lo pasado. Oficiales de ambos ejércitos los siguen reiterando sus promesas, al par que librando á muchos de una muerte segura. Y los combatientes lo escuchan, y el pueblo se retira á sus hogares, sucediendo al fragor del combate un profundo silencio.

“Pero fué de corta duracion. De repente se extienden por todo Madrid las tropas de Murat, y colocan en las boca-calle cañones con mecha encendida. Tras este siniestro anuncio se esparció una voz horrorosa, el rumor de un atentado feroz que nadie se atreve á creer y que, sin embargo, era cierto. Apenas restablecida la calma en virtud de las promesas hechas á su nombre por los miembros de la junta y los oficiales franceses, el gran duque habia dictado, ardiendo en sed de venganza, esta bárbara orden del dia á su ejército (1): “Soldados: La poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido de estos desórdenes: estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillaje. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia mando lo siguiente:

“Art. I. El general Grouchi convocará esta noche la comision militar.

“Art. II. Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas de la mano serán arcabuceados.

“Art. III. La junta de Estado va á hacer desarmar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes quienes des-

(1) La insertamos respetando, como debemos, su estilo.

pues de la ejecucion de esta órden se hallaren armados ó conservaren armas sin una permision especial, serán arcabuceados.

“Art. IV. Todo lugar donde sea asesinado un francés será quemado.

“Art. V. Toda reunion de mas de ocho personas será considerada como una junta sediciosa y deshecha por la fusilería.

“Art. VI. Los amos quedarán responsables de sus criados; los gefes de talleres, obradores y demás, de sus oficiales; los padres y madres de sus hijos; y los ministros de los conventos de sus religiosos.

“Art. VII. Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos y manuscritos provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra y arcabuceados.”

“Si la lectura de este bando sanguinario inspira horror, ¿cuánto no deberá arrancar de toda alma noble su inícuca ejecucion? Sin darle publicidad hasta el dia siguiente, sin aguardar á la reunion de la comision militar, sin que tenga Madrid el menor conocimiento de la voluntad del vencedor, descansando por el contrario en fe de las promesas que se le hicieron, las patrullas francesas prendieron á cuantos encontraron por la calle á quienes pudieron achacar que llevaban armas ofensivas, y principiaron á fusilarlos en el sitio mas concurrido de la capital, al pié de la iglesia de la Soledad, en la Puerta del Sol. Armas ofensivas eran para aquellos hombres despechados de que los hubiese humillado repetidas veces un pueblo inerme y sin gefes, los instrumentos del artesano ó del jornalero, el serrucho del carpintero, el estuche del barbero, la navaja del fumador, el cortaplumas de todo el mundo y hasta la tijerilla de la inofensiva costurera á quien tampoco salva el sexo de la fiereza del ignorado bando. Amontonáronse los presos en la casa de Correos, é instalada al fin allí la comision militar, presidida por Grouchi, y ¡vergüenza es decirlo! por un general español, el capitán general Negrete, empezaron á caer sobre ellos fero-

ces sentencias de muerte, que se ejecutaban en el acto sin hacer comparecer á juicio á las víctimas, sin permitirles defensa ni aclaracion, sin otra indagacion que la del nombre, y sin concederles siquiera el último consuelo de la religion. ¡Noche horrible! Jóvenes y ancianos, sacerdotes y mujeres, marchan atados de dos en dos al lugar del sacrificio, en el Prado y en el Retiro, y allí, reunidos en monton, al reconocerse tal vez los hermanos ó los amigos, una descarga de fusilería ó un disparo de metralla por dicha les arrebató de una vez la vida. ¡Por dicha, pues hay infelices á quienes la descarga no ha hecho mas que destrozár un miembro, y son levantados del charco juntamente con los cadáveres, para hacer lugar á nuevas víctimas, y son enterrados con ellos!!

¡Noche espantosa, cuyos roncós ecos oía Madrid sin acertar á creer que lo cubrían de luto y de dolor! El sol del siguiente dia 3 vino á iluminar la horrible realidad de aquel misterio, y aun alcanzó á alumbrar la última ejecucion de veintitres víctimas!”

II.

Este ejemplo sublime de heroísmo, cuadro grandioso donde se destaca la figura gigante de un pueblo en la lucha de su INDEPENDENCIA, era una leccion palpitante, una enseñanza histórica á los pueblos subyugados.

La América recogió las palabras de los mártires del 2 de Mayo como la manifestacion de la humanidad en ese camino sembrado de espinas y salpicado de sangre, que la lleva al Gólgota de su emancipacion.

La palabra INDEPENDENCIA, no seria en adelante una frase sin sentido, repetida al acaso, como la inscripcion puesta

sobre esa bandera que llevaba el pueblo español á la arena de los combates; simbolizaría el pensamiento cuya llama mal apagada bajo la armadura de Hernan Cortes, y avivada por el soplo vivificante que partía de las playas del Viejo Mundo, se alzaría terrible en el porvenir como las erupciones del Vesubio.

CAPÍTULO II.

A REY MUERTO PRÍNCIPE CORONADO.

I.

Desquiciada la monarquía española, presa la familia real en Bayona, y el territorio español hollado por los cascos de los caballos del invasor, el pueblo se alzó terrible para defender palmo á palmo la herencia de sus mayores.

Derrotadas las masas, perseguidas, acribilladas, pero luchando sin tregua ni descanso, mantenían viva la antorcha que alumbraría mas tarde el campo de su victoria.

Entretanto la América participaba de aquellas convulsiones y se encontraba de improviso abandonada, sin encontrar un centro á quien obedecer y en expectativa de los acontecimientos de España.

El virey Iturrigaray sostenía una tan difícil situación cuando un acuerdo del ayuntamiento de México dió la voz de alarma, tornando en actores á los que hasta entonces habían permanecido como espectadores.